

Efectos subjetivos de las prácticas productivas en las luchas espaciales contemporáneas

Subjective effects of production practices in contemporary spatial struggles

Enver Vargas-Murcia¹ 

¹ Doctorando en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Investigador Observatorio de Conflictividad Social de la Secretaría de Gobierno de Bogotá. Correo: enverduvan@gmail.com

Recibido: 18 de mayo de 2023 - **Aceptado:** 11 de enero de 2024

ISSN 2027-5528



Resumen

El artículo discute la importancia del estudio de la subjetividad y su relación con la construcción de los espacios habitacionales. En él se analiza cómo distintas prácticas inciden en la producción de la subjetividad y cómo pueden ser cruciales para establecer las condiciones de sujeción y desujeción contemporáneas. En la primera parte del documento se explica la metodología implementada, denominada *ontología política relacional de los sujetos y los espacios*. En la segunda sección, se discute la heterogeneidad de las prácticas y su relación con los procesos de subjetivación/desujeción. La tercera sección documenta la relación existente entre las prácticas productivas y la constitución de los sujetos, incorporando a la teoría subjetiva foucaultiana los modos de subjetivación derivados de las prácticas productivas, descritos en las figuras retóricas del vampirismo y la maquinización marxistas. Finalmente, en las dos últimas secciones del artículo se analizan algunas prácticas constructivas con especial atención en los paradigmas de la arquitectura institucional/estatal, que pueden ser descritas como prácticas de captura; también se analizan prácticas de construcción resistentes como la autoconstrucción popular o la bioconstrucción, que ostentan un interés marcado en la distribución de capacidades y saberes en distintos sujetos para un manejo más autónomo de los espacios.

Palabras clave: arquitecturas disidentes; resistencias sociales; subjetividades; genealogía; vivienda

Abstract

The article discusses the importance of the study of subjectivity and its relationship with the construction of residential spaces. It analyzes how different types of subjectivity affect the production of subjectivity and how they can be crucial to establish the conditions of contemporary subjection and desubjection. The first part of the document explains the implemented methodology, called Relational Political Ontology of subjects and spaces. In the second section, the heterogeneity of the practices and their relationship with the processes of subjectivation/dissubjection are discussed. The third section discusses the relationship between productive practices and the constitution of subjects, incorporating into Foucault's subjective theory the modes of subjectivation derived from productive practices, described in the rhetorical figures of Marxist vampirism and machination. Finally, in the last two sections of the article, some constructive practices are analyzed with special attention to the paradigms of institutional/State architecture, which can be described as capture practices; Resistant construction practices such as popular self-construction or bioconstruction are also analyzed, which show a marked interest in the distribution of and knowledge in different subjects for a more autonomous management of spaces.

Keywords: Dissident architectures; social resistances; subjectivities; genealogy; housing

Cómo citar: argas-Murcia, E. (2024). Efectos subjetivos en las prácticas productivas en las luchas espaciales contemporáneas. *Cambios y Permanencias*, 15 (1), pp: 109-126. DOI: <https://doi.org/10.18273/cyp.v15n1-202408>

Introducción

El artículo, resultado del proceso investigativo del autor en el Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, en la línea de “subjetividades, diferencias y narrativas”, discute la importancia del estudio de la subjetividad y su relación con la construcción de espacios sociales, principalmente habitacionales. En esta disertación se analiza cómo distintas prácticas inciden en la producción de la subjetividad, cómo aquellas le dan soporte al sujeto y cómo resultan siendo cruciales para establecer las condiciones de posibilidad en las que se inscriben la sujeción contemporánea y la desujeción futura.

En la segunda sección de este artículo, se discute la heterogeneidad de las prácticas y su relación con los procesos de subjetivación y desujeción, a la par que se evalúa la viabilidad de la convergencia de los tipos de prácticas analizadas. En torno a la problematización de los efectos subjetivos de las prácticas constructivas (problemática espacio/subjetiva), se recalca la importancia de sumar al análisis de las prácticas típicamente estudiadas por Foucault las prácticas productivas marxistas.

De hecho, la tercera sección de este documento se concentra en documentar la relación existente entre las prácticas productivas y la constitución de los sujetos, como una clave de conexión entre la teoría subjetiva foucaultiana que acentúa la relación del sujeto con las prácticas discursivas, de poder y éticas. Tal discusión se amplía, en la cuarta sección del artículo, en la que se documenta el papel que han jugado los estudios de las prácticas productivas y los modos de subjetivación, descritos en el *vampirismo del capital* o en la *maquinización*; recursos analíticos que permiten desentrañar el papel activo de las prácticas productivas en la constitución de los sujetos.

Ahora bien, al estudio de las prácticas de producción de objetos y cosas (en este caso, de viviendas) que es central para la tradición marxista, se le puede sumar la reflexión sobre las prácticas típicamente foucaultianas (saber y poder), constituyendo así una perspectiva comprensiva, capaz de aproximar el análisis a mejores descripciones sobre la constitución subjetiva contemporánea y las posibilidades de desujeción que se requieren en el presente y futuro.

El desarrollo teórico y conceptual de tal articulación, por lo tanto, tiene el desafío de ser coherente con el enfoque foucaultiano, para lo cual se cita un texto menor del propio Foucault, en el que contemplaba adicionar este tipo de prácticas a su forma de comprender los estudios subjetivos, aunque él mismo no se dedicó a este estudio de manera sistemática. De acuerdo con su conceptualización, la obra de Marx es un antecedente importante del estudio de las tecnologías o prácticas que intervienen en la subjetivación. Por lo tanto, asumir tal discusión contribuye a complejizar cómo se concibe la subjetividad, los procesos de sujeción y las vías de desujeción posibles en el presente.

Además de describir los procesos de subjetivación, este enfoque intenta explicar, desde la teorización sobre las prácticas productivas, los efectos de estas en la subjetividad y la posible emergencia de prácticas constructivas autogestionadas. Para esto se toman prácticas específicas de *la arquitectura resistente*, para analizar su potencial liberador.

Por otra parte, la valoración y el análisis de las prácticas, así como sus efectos subjetivos derivados, se desarrollan a partir de una propuesta metodológica desarrollada por el autor con fundamento en una discusión teórica anteriormente expuesta.

La metodología que se desarrolla en la primera sección del artículo, denominada *ontología política relacional de los espacios y los sujetos*, funge como un instrumento que somete cada tipo de práctica

El presente artículo es resultado del proceso investigativo del autor en el Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas en la línea de *Subjetividades, Diferencias y Narrativas* y en el Grupo de investigación *Vivencias* de la misma universidad.

(productivas, discursivas, de poder y éticas) a un estudio estratégico y político, en virtud de la capacidad de control o de liberación inherente a cada práctica estudiada.

Expuesto de forma sintética, el método de estudio parte de la siguiente afirmación: la configuración de los espacios y los sujetos, en cada una de las problematizaciones sociales específicas de la contemporaneidad, puede ser analizada y agrupada en dos tipos de fuerzas (véase figura 1). El primero, se caracteriza por potenciar cierta capacidad de autogestión, creación y experimentación en los sujetos y en los espacios en cuestión, lo que imprime a esta relación una tendencia estratégica hacia la ruptura, los juegos de libertad, la creatividad y la experimentación

Por otra parte, el segundo tipo de fuerzas se caracteriza por la insistencia permanente en capturar, controlar y gestionar, mediante distintos mecanismos, las espacialidades y las capacidades de decisión de numerosos sujetos sobre sus espacios vitales, desposeyéndolos de su capacidad de decidir y de construir.

En consecuencia, el estudio valora cada práctica y estima en qué medida aporta a un ejercicio autogestionado, creativo y libre de la espacialidad y la subjetividad, o si con estas prácticas se ejerce una forma de control espacial o subjetivo. Esto se trata con más detalle en las dos últimas secciones del artículo, en las que se analizan las prácticas constructivas de los espacios habitacionales, presentando un esbozo de los efectos de tales prácticas en la concentración, liberación o autogestión de las capacidades edificatorias de sujetos sociales.

En este documento se presta una especial atención a los modelos y paradigmas modernos, típicos de la arquitectura institucional y de Estado, descritos como prácticas hegemónicas o de captura, pues tienden a desposeer a los sujetos de capacidades (conocimientos y capacidad de decisión) sobre los modos de construcción. También se describen y analizan prácticas de arquitectura y construcción resistentes, como la autoconstrucción popular, la arquitectura de los pobres o la bioconstrucción, que tienen un interés marcado en la reapropiación de capacidades, materiales, recursos y saberes constructivos.

Metodología

A continuación, se exponen las principales precauciones metodológicas que guiaron la investigación presentada. Para iniciar, vale la pena aclarar que el estudio consistió en un análisis subjetivo que apropió elementos conceptuales y metodológicos ajustados a una genealogía de inspiración foucaultiana, dirigida a contribuir a los estudios sociales, en especial a lo que denominamos luchas espaciales. Como es bien conocido, la genealogía foucaultiana se concentra en el estudio sistemático del sujeto y sus posibilidades en problematizaciones específicas. En concreto, el estudio genealógico presentado analiza los modos de relacionamiento entre los sujetos, los espacios y la vida en las problematizaciones sociales contemporáneas, a través de una invención teórico/metodológica denominada: *ontología política relacional de los espacios y los sujetos*.

Dicha herramienta constituye el principal elemento conceptual y metodológico, diseñado para analizar contextos espacio/subjetivos, estudiando las luchas políticas y sociales de numerosos sujetos sociales por el acceso, la construcción y la modificación de los espacios que les son vitales para su sobrevivencia y para la composición de modos alternativos de habitar el mundo. En definitiva, el modelo analítico esboza un esquema o diagrama que sirve para pensar e interrogar la conexión entre la subjetividad y la espacialidad contemporáneas, por medio de dos polos reflexivos, que así mismo constituyen formas de valoración estratégica y política de dichos contextos sociales.

Sintéticamente, la configuración de los espacios y de los sujetos en las problematizaciones sociales contemporáneas se puede analizar por la pugna de dos tipos de fuerzas (véase figura 1). El primero se caracteriza por ostentar e incentivar cierta capacidad de autogestión, creación y experimentación, lo que imprime en los espacios y en los sujetos una tendencia estratégica hacia la ruptura, a los juegos de libertad,

la creatividad y la experimentación. Por su parte, el segundo se caracteriza por la insistencia permanente en capturar, controlar y gestionar, con distintos mecanismos, las espacialidades y las capacidades de decisión de los sujetos y los espacios.

Además, el modelo analítico contempla el análisis de cuatro tipos de prácticas: (1) productivas, aquellas con las cuales se producen las cosas, que están asociadas a los modos de fabricación y construcción de objetos; (2) discursivas, aquellas prácticas que requieren el uso de signos, símbolos y significaciones; (3) de poder, que suponen modos concretos de incidir en la conducta de los sujetos, de sujetarlos y de objetivarlos; y (4) subjetivas o del yo, que permiten a los sujetos concebirse como sujetos a sí mismos o por intermedio de otros (Foucault, 2008, p. 48).

En síntesis, la investigación genealógica se enfoca en un análisis sistemático de los espacios y los sujetos en las problemáticas sociales, por medio del estudio de las prácticas con las cuales se relacionan los sujetos y los espacios analizados.

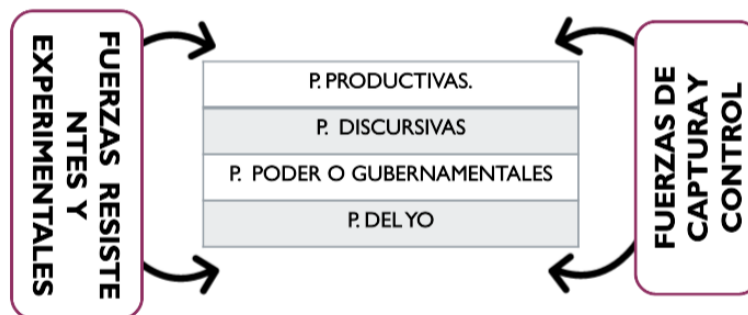


Figura 1. Ontología política relacional de los espacios y tipos de prácticas.

A modo de ejemplo, en nuestra investigación se estudian las prácticas de producción de viviendas y unidades habitacionales, que se valoran de acuerdo con su posibilidad de reivindicar o no, y según los modos autogestionados de construir y habitar los espacios. En tal sentido, experiencias como la *arquitectura vernácula* o la *arquitectura de la pobreza* pueden concebirse como discusiones teórico/pragmáticas resistentes, cuya apropiación de saberes tradicionales inspira ejercicios de creatividad y autogestión en los sujetos sociales.

También se valoran dichas prácticas, según las implicaciones organizativas que tengan: si con ellas los sujetos son capaces de constituir experiencias subjetivas, contempladas con el modelo analítico propuesto como formas colectivas de agrupación novedosas, capaces de plantear rupturas ante la gestión espacial hegemónica. Aquí sería posible traer a colación modos de organización colectivos, comunitarios y resistentes, como por ejemplo las *ecoaldeas* o las comunidades de paz, entre otras posibilidades, genuinas prácticas resistentes, experimentales y creativas.

Por el contrario, la construcción de unidades habitacionales en las sociedades contemporáneas, debido a su alta complejidad, requiere del concurso de saberes altamente técnicos y especializados como el urbanismo, la ingeniería y la arquitectura. Asimismo, este modo de construcción echa mano de un monopolio de dependencias político/administrativas que son claves para su funcionamiento. Este anclaje entre prácticas constructivas industriales y la administración pública de los espacios puede rastrearse a partir de los efectos de poder que tales saberes y sus técnicas ostentan, por ejemplo, en las ciudades latinoamericanas, los inmuebles que no son construidos bajo las órdenes de expertos corren el riesgo de ser declarados ilegales y ser intervenidos por autoridades públicas y hasta ser demolidos¹.

¹ En Colombia, bajo el amparo de disposiciones legales como la Ley 388 de 1997, la Ley 614 de 2000 y la Ley 810 de 2003, entre numerosas disposiciones municipales.

Por lo tanto, la contrastación estratégica entre el tipo de fuerzas que incide sobre los cuatro tipos de prácticas permite establecer descripciones falibles de las condiciones actuales de la lucha subjetivo/espacial y de las distintas problematizaciones contemporáneas.

A continuación, se aborda el problema teórico y conceptual en el cual se sitúa la producción, especialmente de viviendas y unidades habitacionales, en tanto qué tipos de prácticas utilizar para aproximarse a un análisis espacio/subjetivo de la construcción contemporánea.

Las distintas prácticas y su importancia para el estudio de los sujetos. La incorporación de las prácticas productivas

Como parte de una investigación paralelamente subjetiva y espacial, se han complementado elementos típicos de la obra de Foucault con conceptos propios de la reflexión marxista, manteniendo la coherencia metodológica y ontológica transversal del estudio. El desafío que se asumió con este intento involucra el análisis de prácticas de producción que se suman a las prácticas discursivas, de poder y subjetivas. En este caso, se analizan las prácticas de construcción de viviendas, unidades habitacionales y espacios sociales, bajo el criterio foucaultiano de análisis sistemático de las prácticas como principio metodológico.

En primer lugar, debe reconocerse que Foucault no se ocupó, propiamente hablando, del estudio sistemático de las prácticas productivas. Antes bien, parece ser que en sus distintas etapas el objeto de estudio del francés fue variando entre el estudio de los saberes, del poder y, finalmente, de la ética y del sujeto. En una perspectiva simplista, las prácticas productivas parecen enrarecer la indagación genealógica de Foucault, sin embargo, veremos que es posible establecer puntos de conexión con su obra típicamente reconocible. Al respecto, se propone que el pensamiento foucaultiano subjetivo puede ser complementado con el estudio de las prácticas productivas, desarrollado en el pensamiento marxista.

Para establecer los puntos de articulación mencionados, debemos reconocer, con el propio Foucault, que a pesar de que él mismo se concentró en el estudio de diversos tipos de prácticas (de saber, de poder, de sujeto) el centro de sus investigaciones siempre fue el sujeto, de tal suerte que, aunque se volcó permanentemente a analizar distintas prácticas y numerosos objetos de estudio, estos siempre contribuyeron a desarrollar una misma preocupación filosófica: el sujeto y la subjetividad. A propósito de ello, como se ha insistido, “Michel Foucault ha emprendido actualmente, y siempre en el seno del mismo proyecto general, el estudio de la constitución del sujeto como objeto para sí mismo:(...) Se trata, en suma, de la historia de la «subjetividad»” (Gabilondo, 1999, p. 365).

En otras palabras, si Foucault se ocupó del estudio del dominio del saber en un período determinado, o si se dedicó a analizar tecnologías específicas de poder, su preocupación no consistió en hacer una historia “a secas” del saber o una historia general del poder. En contra de esta simplificación, lo que siempre le interesó a Foucault fue determinar en qué medida y a partir de qué procedimientos las prácticas específicas del poder y del saber inciden en la configuración histórica de los sujetos. Gracias a este argumento, de manera hipotética, podríamos argüir que, si el estudio de las tecnologías discursivas (de saber) y de las tecnologías del poder le fue útil para comprender los modos de composición de los sujetos y su franqueamiento, posiblemente acudir al estudio de las prácticas productivas y constructivas de las viviendas nos permitiría dar cuenta de forma plausible sobre los modos de subjetivación contemporáneas, dependientes de tales modos de construcción y, a su vez, de los modos de acceso a los espacios sociales.

Ahora bien, en el orden metodológico, un segundo aspecto que fue consistente en toda la obra foucaultiana es el de la indagación permanente por las prácticas. Criterio de gran utilidad para esta investigación, pues establece un elemento aprehensible y concreto para desarrollar la indagación espacio/subjetiva. Al respecto de este principio, Castro (2004) reseña que el dominio de análisis de Foucault siempre fueron las prácticas, lo que supone que, sin importar las fases de desarrollo del pensamiento del autor (en el

análisis arqueológico, disciplinario, genealógico y ético) su obra siempre fue consistente, al concentrarse y analizar tipos de prácticas específicas, de acuerdo con el objeto de estudio sobre el que se dirigía.

Por ende, cuando la pregunta de estudio rodeaba el problema de los discursos y del saber, las apuestas conceptuales y metodológicas de la *episteme* y la *arqueología del saber* apuntaban a desentrañar y analizar prácticas discursivas específicas. Por otro lado, en cuanto el problema de estudio se dirigió a prácticas no discursivas (prácticas ejercidas en el seno de instituciones y de ejercicios concretos de poder, como las prácticas carcelarias, clínicas, psiquiátricas, etc.), se requirió de una innovación teórica y metodológica como el *dispositivo* con el cual hacer inteligible la relación de prácticas discursivas y prácticas no discursivas.

Y, por tanto, cuando se gestó lo que podríamos describir como el último momento en la obra foucaultiana, es decir, un viraje hacia las relaciones del sujeto consigo mismo, las investigaciones de Foucault giraron sobre el problema de la ética. En este momento, la obra foucaultiana se orientó al análisis de prácticas mediante las cuales se constituye y se materializa una relación ética (de verdad sobre sí mismo, de relacionamiento con los otros, de autoobservación y parresiásticas, por traer solo algunos ejemplos), todo viabilizado con la puesta en marcha de una metodología *genealógica*. En términos de Hellemeyer (2012): “Las prácticas se extienden entonces desde el orden del saber al orden del poder. Finalmente, Foucault incluye también el estudio, de aquello que dio en llamar, las relaciones con los otros y consigo mismo: ética” (p. 146). Por su insistencia en el estudio de las prácticas, Castro (2004) afirma que Foucault utilizó el estudio de las prácticas desde sus primeras obras, con lo que sería legítimo afirmar que el análisis sistemático de las prácticas es un eje transversal a su ontología y metodología.

Una vez explicitada la importancia de las prácticas como una regularidad metodológica y ontológica en la obra de Foucault, vale la pena contestar un primer interrogante al respecto: ¿qué entendemos por práctica en este tipo de investigaciones? De manera muy esquemática podríamos iniciar por definir las como modos de obrar, de pensar, de actuar y de sentir, por lo cual, el concepto de práctica presenta cierta utilidad para el estudio de la subjetividad. En otras palabras, los distintos modos de pensar, sentir y actuar se modulan históricamente a partir de variados procedimientos, definiendo el horizonte y el límite de lo que es históricamente un sujeto. Por ello, el estudio subjetivo centrado en las prácticas debe explicar cómo se constituyen dichas prácticas, de qué manera aparecen en un momento histórico determinado, cómo se refuerzan y a través de qué procedimientos operan en los sujetos.

Así mismo, deberíamos ser capaces de responder a la pregunta ¿qué tipos de prácticas son susceptibles de ser analizadas en la indagación espacial y subjetiva? Entonces, como ha quedado explicitado, los numerosos objetos de estudio de las investigaciones foucaultianas remiten simétricamente a estudios de heterogeneidades de prácticas, por lo que catalogarlas y analizarlas constituye un desafío en sí mismo. No obstante, según el mismo Foucault, habría, al menos, cuatro tipos de prácticas en el núcleo de su obra: productivas, discursivas, gubernamentales, disciplinarias, éticas y del yo. A continuación, presentamos la tipología de las prácticas según el propio autor (Foucault, 2008), entendiendo que habría cierta sinonimia entre la palabra *práctica* y *tecnología*:

Existen cuatro tipos principales de estas «tecnologías», y que cada una de ellas representa una matriz de la razón práctica: 1) tecnologías de producción, que nos permiten producir, transformar o manipular cosas; 2) tecnologías de sistemas de signos, que nos permiten utilizar signos, sentidos, símbolos o significaciones; 3) tecnologías de poder, que determinan la conducta de los individuos, los someten a cierto tipo de fines o de dominación, y consisten en una objetivación del sujeto; 4) tecnologías del yo, que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad (p. 48).

Ahora bien, como veníamos anticipando en párrafos anteriores, las prácticas productivas pueden acondicionarse a la especificidad de la obra foucaultiana, especialmente a tenor de la reflexión sobre el

sujeto y los efectos subjetivos que suscitan tales prácticas. Entonces, ¿en qué medida puede el estudio de las prácticas contribuir a la tarea de reflexionar sobre los distintos modos de composición de los sujetos? Llegados a este punto es posible encontrar una clave en lo dicho por el propio Foucault, quien reconoce que tales prácticas han sido suficientemente estudiadas por Marx.

Recordemos, entonces, que el pensamiento marxista se ha ocupado de cuestionar los modos de producción y la manera como estos inciden en la alienación moderna. En términos más estrictos, incluso podemos afirmar que habría una confluencia temática en los objetos de estudio del marxismo y la obra de Foucault, sin dejar de desconocer sus particularidades. Por ejemplo, el concepto de *disciplina*, tan fácilmente identificable con la filosofía foucaultiana, en obras como *Vigilar y castigar* (2005), encuentra un correlato, al menos un diálogo, con las críticas a la disciplina de las máquinas y los capataces en la fábrica hecha por los marxistas.

Esta confluencia temática, creemos, no es accidental, y existe una variada bibliografía que parece respaldar esta posición. Algunos autores críticos exploran la posible complementariedad en ambas modalidades de la crítica: la foucaultiana y la marxista. A modo de ejemplo, referimos a las investigaciones genealógicas de Negri y Hardt (2006) en las que intentan analizar la producción de la subjetividad en la actualidad, proponiendo la complementariedad del concepto de biopolítica, donde se asume que un sujeto, la multitud, es capaz de producir la vida misma, y es intervenida violentamente por una red de poderes asumidos como imperio. Según estos autores, la potencia misma de la multitud, capaz de sustentar el modo de vida posmoderno, radica en la capacidad creadora y transformadora propia de la creación, de la que es capaz este sujeto. Así, para esta perspectiva de análisis, es importante actualizar el concepto de lucha de clases para hacerlo dialogar con los desarrollos teóricos de Foucault en relación con el poder, el saber y la subjetividad.

Una labor similar fue emprendida por Virno (2003), quien, al criticar a Foucault y a la noción de biopolítica, contrapone el concepto clásico de fuerza de trabajo. Para el italiano, a la teoría foucaultiana le hace falta una cabal comprensión de la fuerza de trabajo, potencia hecha potencia, ya que no sería suficiente con desentrañar el carácter “mitológico” de los saberes y poderes (Virno, 2003, pp. 85-86). En todo caso, con estos pocos ejemplos, resulta interesante encontrar un principio de diálogo o de completitud entre ambas corrientes de pensamiento, lo que a nuestro juicio puede inspirar indagaciones que se conecten con la especificidad de las prácticas: sumando a las clásicas foucaultianas, las productivas, acelerando así el desarrollo de anteriores conceptualizaciones en problemas impensados.

En definitiva, la teoría de la subjetivación foucaultiana puede verse en un diálogo constructivo con la noción de la alienación en el trabajo del propio Marx, para quien la producción mercantil moderna ha tenido una fuerte incidencia en la subjetivación de la clase obrera:

Es evidente, por ejemplo, la relación entre la manipulación de las cosas y la dominación en *El Capital*, de Karl Marx, donde cada técnica de producción requiere la modificación de la conducta individual, no sólo de las habilidades sino también de las actitudes (Foucault, 2008, p. 49).

En consecuencia, se hace necesario detenernos en la primera categoría de práctica propuesta por Foucault: las tecnologías productivas o, mejor, las *prácticas productivas*. Y esto por dos razones: la primera que concierne al tipo de investigación que requerimos implementar para la realización del estudio de las políticas espaciales, la producción hegemónica o resistente de los espacios habitacionales y su impacto en los sujetos contemporáneos; y, por otro lado, puesto que, aunque Foucault las menciona en su tipología, no se ocupó con detalle de su estudio, por lo cual vale la pena reflexionar sobre su uso conceptual y metodológico frente a las condiciones ontológicas de la investigación que se presenta. De esta forma, asumir una investigación que contemple el análisis de las prácticas productivas en asocio con las discursivas, subjetivas y de poder puede enriquecer el estudio subjetivo contemporáneo.

Vampiros y máquinas: la propuesta subjetiva marxista como marco analítico de la subjetividad

El primer aspecto al que debemos atender en torno a la exploración de las prácticas productivas es ¿en qué medida su reflexión y estudio contribuye al análisis de la subjetividad? Y, complementaria a esta pregunta, ¿de qué manera el estudio de las prácticas productivas puede servir para establecer mecanismos de desujeción frente a las formas contemporáneas de poder? En consonancia con la filosofía subjetiva foucaultiana, poder y libertad se nos presentan en medio de un ejercicio en el cual se despliegan distintas prácticas, todas ellas: discursivas, de poder, subjetivas y también productivas. En el conjunto de las prácticas enunciadas es viable materializar espacios para la acción de los sujetos.

Por ende, las prácticas son un punto de partida para la configuración de espacios en los cuales se potencia la capacidad de los sujetos para la articulación de formas de saber (la crítica), de la política (resistencia) y de la subjetividad (desujeción o estética de la existencia); y pueden ser ejecutadas para vivenciar y expandir nuevos márgenes de libertad, insurgencia o emancipación. De manera simétrica, las prácticas son determinantes para establecer los distintos modos de sujeción contemporáneos, por lo que la necesidad de definir, analizar y articular nuevos sistemas de prácticas tiene una clara importancia política en uno u otro horizonte (resistente o hegemónico).

Ahora bien, para responder a los interrogantes planteados, acudiremos a dos ejercicios analíticos presentes en la tradición marxista y desarrollados por algunos de sus lectores más heterodoxos: *el vampirismo del capital* y la centralidad de la *máquina (o el maquinismo)* en el proceso productivo. En ambos ejercicios analíticos se explora la relación existente entre la producción capitalista, sus instrumentos y su incidencia sobre los modos de vivir de los sujetos en el presente. Adicionalmente, recursos evidencian cómo los modos de producir repercuten en las posibilidades de acción de los sujetos, sobre quienes se ejerce.

En primera medida, conviene señalar que la tradición marxista circunscribe la producción capitalista a la necesidad del capital de extraer la capacidad y la potencia del trabajo, tanto individual como colectivamente generado. En realidad, según los marxistas, esta es la fuente misma del capital, de donde se extrae la plusvalía. Dicha idea, de extracción de la potencia humana del trabajo, defendida por Marx, se conoce también con el concepto de *trabajo muerto*, que tiende a identificarse a su vez con la alienación del trabajador y su supeditación a un orden de extracción de la fuerza de trabajo en cuotas objetivas de tiempo.

En el pensamiento marxista, expuesto en los *Grundrisse*, el modo de producción fabril o maquinico depende de la capacidad de aglutinación de objetos y humanos, dispuestos estratégicamente para la extracción del valor, en la composición de un modo de alienación que Marx califica como *autómata*. Así la fábrica: “implica la idea de un vasto autómata, compuesto de muchos órganos mecánicos e intelectuales que operan concertada e ininterrumpidamente para producir un mismo objeto, estando subordinados todos esos órganos a una fuerza motriz que se mueve por sí misma” (Marx, 1976, p. 216). Esta cita es un análisis de la relación estrecha entre la subjetividad industrial y la alienación fabril, en la cual, el modo de producción se concibe como una forma concreta de explotación de la mano de obra asalariada y determina así un modo específico de alienación/subjetivación moderno, que recae sobre la clase obrera industrial.

Una idea menos explorada aún es la noción de *capital/vampiro* que describe los efectos subjetivos de esta forma de explotación laboral. En otros términos:

La exposición de las modalidades y formas de esta explotación extensiva de la fuerza de trabajo ofrece a Marx la ocasión de recurrir a la metáfora del capital-vampiro, explícita o implícitamente. En el proceso de producción, el capital se presenta ante el trabajador como cierta cantidad de trabajo muerto, pretérito, materializado en los medios de producción (materiales e instrumentos de trabajo), que busca extraer del trabajador el máximo de trabajo vivo por encima del trabajo necesario para su mantenimiento (Bihr, 2021, párr. 10)

El *capital vampiro*, metáfora usada por Marx e inspirada en el personaje literario de Bram Stoker, sirve para explicar al menos dos efectos subjetivos de la producción capitalista: primero, el trabajo industrial es ante todo una extracción de vida (trabajo vivo) del trabajador individual y colectivo, ya que la producción fabril y maquinaica funciona en la medida en que se ensaña contra el trabajador, con extensas jornadas de trabajo y salarios bajos, para extraer la mayor riqueza posible (tiempo/plusvalía, es decir, vida) como si se tratara de sangre para saciar el apetito de un vampiro:

Lo que es la sangre de sus víctimas para el vampiro, lo es para el capital el trabajo vivo, o sea, el uso de la fuerza de trabajo, su activación en el proceso de trabajo y por obra del mismo, la sustancia que el capital chupa, es decir, bombea y absorbe, con toda la avidez que implica el hecho de que se trate de este elixir de eterna juventud, el único que le permite existir y persistir en la existencia, aunque para ello tenga que llegar hasta el extremo del agotamiento total del trabajador (Bihr, 2021, párr. 10).

El segundo efecto subjetivo de la producción capitalista consiste en su capacidad para transformar al trabajador y sus condiciones de vida (su sociabilidad, su saber, cuerpo y mente, su forma de organizarse, etc.). El vampiro (la maquinización) es una figura retórica que busca transmitir a los lectores el efecto de transformación característico de la producción industrial, es decir, la relación entre producción y subjetividad. Recordemos que, en la literatura, el vampiro ejerce una fuerza de atracción y seducción sobre sus posibles víctimas, pero, una vez las tiene en su poder, sacia su sed, lo que genera como resultado la muerte o la transformación en nuevos vampiros, posibles esbirros suyos, que ayudan al propósito de encabezar una infestación maligna, perversa en cuanto tiene la capacidad transformadora de lo humano.

En la perspectiva subjetiva aludida, presente en algunos pasajes de *El capital* y los *Grundrisse*, destaca la descripción del proceso de producción capitalista/industrial y su capacidad de transformación subjetiva, materializada en el proceso global de trabajo que ha significado la erradicación de formas de producción precapitalistas (como la artesanía). Así, el trabajo objetivado e intervenido por la maquinaria tiene efectos subjetivos, de sujeción social de la fuerza de trabajo:

Marx describe la relación entre los seres humanos y las máquinas fundamentalmente como una forma de sujeción social, como la actuación de las máquinas, en tanto que poder extraño, sobre el trabajo vivo de los trabajadores y las trabajadoras individuales, quienes, subsumidos en el proceso general de la maquinaria, funcionan como partes de un sistema mecánico, como accesorios vivos de esta maquinaria, como medios de la acción de la misma (Raunig, 2008, p. 26).

En sentido estricto, la transformación del trabajo y de los trabajadores son paralelas y se inician bajo la exigencia de que el trabajo debe sufrir un proceso de reorganización bajo la disciplina del trabajo industrial en la fábrica. La reorganización del trabajo se traduce en la ordenación de las personas, la organización de sus fuerzas y la reordenación de las tradiciones del trabajo precapitalista, que parecían recaer en el manejo directo de los trabajadores. De acuerdo con Bihr (2021), la transformación vampírica del capital funciona de la siguiente manera:

Aumentar la productividad del trabajo supone transformar el proceso de trabajo en todos sus aspectos, materiales (utilizar nuevos medios de producción: materiales e instrumentos de trabajo), organizativos (concebir nuevas formas de organización del proceso de trabajo, nuevas formas de combinación, de división y de jerarquización entre fuerzas de trabajo, nuevas formas que requiere el uso de aquellos nuevos medios de trabajo), ideológicos (elaborar nuevas formas de movilización subjetiva de las fuerzas de trabajo aptas para estas nuevas condiciones de producción), incluidas unas nuevas condiciones de la formación de las fuerzas de trabajo, etc. (párr. 22).

En consecuencia, para lograr el perfeccionamiento de la máquina productiva capitalista, la fábrica tiene la imperiosa necesidad de transformar a los sujetos trabajadores, de quienes demanda trabajo muerto para su correcto funcionamiento. Esto supone una alta demanda de esfuerzo individual de parte del trabajador, la aplicación de las disciplinas administrativas que garanticen el funcionamiento de la organización fabril/capitalista, la imposición de saberes configurados para el servicio del sistema fabril (*v. gr.* la misma

administración de empresas, la ingeniería industrial y saberes asociados como la psicología organizacional, aparecidas en los últimos siglos) y la férrea adecuación al sistema burocrático privado y público.

Por otra parte, para que este proceso funcione de manera específica, para que se eche a andar el plan de extracción maquínica y vampírica del capital en el trabajo, se precisa de una cierta materialidad, de condiciones que faciliten la transformación subjetiva y la correcta extracción del capital. Las condiciones de operatividad de la producción capitalista son, pues, las prácticas productivas, las técnicas de producción y sus efectos subjetivos, que en el proceso productivo capitalista adquieren concreción en las máquinas mismas y en el funcionamiento maquínico de la organización fabril. En consecuencia, el proceso productivo, específicamente los medios de producción y su funcionamiento (en tanto que prácticas de producción), se ajustan al objetivo de moldear y extraer la potencia misma de la vida obrera:

Para poder absorber el máximo de trabajo vivo y trabajo excedente, el capital necesita instrumentos que sean el equivalente a los dientes caninos y las mandíbulas del vampiro. Materialización de un trabajo muerto, los medios de producción, que el trabajador activa y transforma, se lo facilitan y por lo demás no tienen ninguna otra función que permitir al capital absorber el trabajo vivo realizado durante el proceso de producción y absorber el máximo posible (Bihar, 2021).

Por añadidura, el proceso de producción capitalista, descrito por Marx y sus comentaristas, es un acontecimiento en el que se sufre un cambio sustancial en el proceso de trabajo, que tiene efectos subjetivos en los trabajadores. En particular, con el advenimiento de la industria, se sufre una transformación en las capacidades del productor, les son sustraídas, y su conocimiento productivo se pierde. En la fábrica, el productor pasó de conocer y controlar el proceso general de fabricación, ancestralmente artesanal, a generar insumos para las mercancías, convirtiéndose en productor de elementos parciales, inserto en una fabricación más compleja ante la cual carece de control.

El trabajador, ya no conoce en detalle la fabricación, ya no incide en la toma de decisiones que requiere la producción de los objetos; ahora es apenas un simple apéndice de la maquinaria. El trabajador ahora es un sujeto desposeído del saber productivo, por cuenta de la fragmentación que ha sufrido la producción, al mismo tiempo que se extrae su potencia con mayor intensidad en el modo maquínico de producción.

En consecuencia, la idea de la pérdida del control y del saber relativo a la producción guarda una importante relación con la subjetivación maquínica de los obreros, para quienes se destinan procesos, procedimientos, máquinas y organizaciones sociales con las cuales se acentúa la enajenación laboral.

La suma de estos procedimientos (productivos y organizativos) tiene un efecto: generar personas y comunidades desposeídas de medios materiales para su sobrevivencia, lo que les inhibe para desarrollar ejercicios de producción autogestionada; este proceso les expropia la capacidad y disposición de condiciones materiales de vida autónomas. Los productores generales se convierten así en medios productivos, elementos fragmentarios de un proceso en el cual sus saberes, sus fuerzas vitales y su tiempo son solo mercancías con las cuales pueden obtener algún beneficio. El productor general de objetos solo aspira ahora a insertarse en los mercados de consumo.

Estos son, en términos generales, los efectos subjetivos que ocasiona la producción capitalista, que genera nuevas formas de subjetivación (sujeción), por medio de prácticas específicas de organización y producción en la fábrica. Con esto presente, el pensamiento crítico marxista es una instancia de reflexión valiosa para pensar la subjetividad moderna y contemporánea, que extiende sus raíces desde el siglo XIX, y cuyas vertientes contemporáneas actualizan las problemáticas clásicas de la alienación, presentes en la producción, distribución y consumo actuales, cuestionando la subjetividad del presente con reelaboraciones de antiguas conceptualizaciones como las nociones de *trabajo vivo* y *trabajo muerto*, *enajenación* y *alienación*.

Ahora bien, ¿puede una perspectiva crítica de la producción de viviendas delinear posibilidades de libertad y desujeción frente a un entorno maquínico y vampírico? En la siguiente sección resumimos

algunas de las características inherentes a las prácticas productivas hegemónicas y resistentes que nos permiten valorar su potencialidad de sujeción y desujeción, asistiendo al marco específico de la construcción y producción de los espacios habitacionales.

Las prácticas constructivas como insumo para un estudio subjetivo de los espacios habitacionales

De acuerdo con lo establecido en la sección anterior, los principales efectos de la producción capitalista, visibilizados por la crítica marxista, han sido la transformación de sujetos sociales históricamente productivos, quienes pasan a estar desposeídos de sus capacidades históricas de producción y son insertados en complejos sistemas de fabricación que les sustraen sus antiguos conocimientos y les privan de sus capacidades de control sobre la producción general. Ahora bien, aquel diagnóstico resulta importante frente al problema social de la producción de vivienda en sociedades como las latinoamericanas y la colombiana, en particular.

En la actualidad, y a lo largo de todo el siglo XX, el rasgo característico del problema público de la vivienda ha sido el déficit habitacional, tanto cuantitativo como cualitativo, que contrasta con períodos históricos en los que los sujetos tradicionales podían resolver sus necesidades habitacionales de acuerdo con patrones culturales propios: “por medio de técnicas tradicionales, con recursos naturales y materiales locales de fácil acceso” (Vargas Murcia, 2021, p. 654). De hecho, como recuerdan estudiosos de la historia de la arquitectura en el país: “Hasta comienzos del siglo XX los desarrollos habitacionales en Colombia, se realizaron con materiales locales y con técnicas artesanales” (Rivero Bolaños, 2007, p. 354), lo que indica que, con anterioridad a la imposición de la política hegemónica y su impacto en la construcción de viviendas, los sujetos históricos disponían de diversas capacidades, facultades decisorias, conocimientos y prácticas con las cuales resolvían, de acuerdo a su contexto, sus necesidades habitacionales.

En contraste, la imposición de la política de vivienda oficial, arquitectónica, industrial, financiera y estatal ha supuesto la consolidación de un paradigma habitacional atado al déficit; esto aunado a la desposesión histórica de las técnicas y capacidades constructivas, ha determinado que los sujetos se vean marginados del acceso a la vivienda.

Por déficit habitacional se entiende la insuficiente oferta de unidades habitacionales en términos cuantitativos. A esto se suma la deficiente calidad en el *stock* de la vivienda social, hecho que refiere específicamente al concepto de déficit cualitativo en la vivienda. En ambos casos, lo que parece quedar en evidencia, en todo el periodo de modernización de los mercados constructivos, durante todo el siglo XX y lo corrido del XXI, es la insuficiente capacidad de la política oficial de la vivienda para suplir la necesidad habitacional de las poblaciones.

Por lo tanto, los mecanismos para la oferta de vivienda en Colombia (por parte del Estado, los mercados industriales y los financieros de vivienda) no han podido superar la brecha histórica representada en el déficit de vivienda. Por ejemplo, respecto al caso específicamente bogotano, Roa Muñoz (2012) recuerda que: “Históricamente, la provisión de vivienda en la capital colombiana ha estado acompañada por el déficit habitacional” (p. 424), lo que es un determinante histórico significativo del fracaso social del sistema de vivienda.

Entretanto, ¿cómo comprender la insistencia del déficit habitacional frente a los aparentes esfuerzos de la política oficial de Estado? ¿es acaso un desafío para la política o su insistencia sugiere una relación mucho más compleja con la política hegemónica que, aparentemente, no deja de brindarle un campo al déficit habitacional para su persistencia? La consistencia histórica del déficit parece tener un papel en la política hegemónica que solo establece un indicador de la realidad social. Creemos que este concepto mantiene una relación más estrecha con la política hegemónica de los espacios, ya que el déficit mismo parece devenir en un elemento estructural de la política oficial o estatal de vivienda. Más que un efecto indeseable, funge como un argumento que justifica y refuerza la política constructiva estatal, mercantil y financiera, a la par que los sujetos continúan careciendo de viviendas dignas que habitar.

El déficit, cualitativo o cuantitativo, es un efecto directo de la política hegemónica espacial, pues parece ser un resultado perseguido, que a su vez busca su propio reforzamiento constante. En resumidas cuentas, *la política hegemónica de vivienda*, a la luz de la necesidad habitacional que no muestra señas de reducirse, se consolida en el fracaso constante, cuyo único resultado plausible, realmente exitoso, es la permanente autorreferenciación del modelo edificatorio. Así, por más que el modelo fracase, la solución solo puede tramitarse en los mismos términos dispuestos por la política hegemónica: imposición de los mercados arquitectónicos, industrialización de los materiales constructivos, desarrollo de políticas estatales de construcción y de financiación y, también, la priorización de los créditos hipotecarios como el mecanismo privilegiado para la provisión de la vivienda.

Por otra parte, el déficit habitacional de la política hegemónica de construcción en Colombia es susceptible de ser estudiado y problematizado, lo que ha supuesto el desarrollo de discursos críticos que confrontan a la política mercantil y estatal de la vivienda. Numerosos actores sociales, políticos y académicos han cuestionado este efecto “indeseable” de la política oficial de vivienda (el déficit), su persistencia en el tiempo y la incapacidad de las ofertas institucionales para encontrar soluciones efectivas. Los discursos críticos, en contra de los saberes del Estado, justifican la necesidad de superar o, al menos, de redefinir la política oficial de vivienda. A estos discursos los denominamos: *prácticas discursivas y productivas resistentes*.

En medio de los discursos críticos y la limitación histórica alcanzada por las políticas de vivienda, se hace necesario retomar el análisis de la variabilidad analítica de cada práctica (discursivas, de poder, productivas o éticas) que, según el diseño metodológico propuesto, depende de su posicionamiento estratégico, en el marco de la política espacio/subjetiva. Por ende, el análisis de las prácticas estudiadas y de sus efectos sobre los sujetos sociales nos invita a reflexionar: ¿Acaso, bajo la financiación de la política de vivienda, no quedan desprovistas de capacidad y de acción aquellas familias que han perdido sus bienes inmuebles con la caída de los sistemas financieros?, ¿no se vieron llevadas a la desesperación, esas mismas familias, ante el desastre de la Unidad de Poder Adquisitivo Constante UPAC en Colombia en la década de los noventa? Al menos así lo atestiguan importantes investigaciones (Urrutia y Namen, 2012; Mora-Cuartas, 2010) que, por lo general, se centran en las desacertadas decisiones financieras adoptadas por el Estado y la banca pública, a la par que suelen ignorar sistemáticamente a las víctimas del desastre. Una mirada crítica debe atender a reclamar una atención mayor sobre los impactos de estas políticas en los sujetos.

Así mismo, ¿no se ven constreñidos los sujetos, con el estado de cosas actual, al no poder acceder a las ofertas de crédito hipotecario y carecer de otros mecanismos para la construcción de vivienda?, ¿se ven, siquiera, cobijadas las necesidades de las personas y sus familias con la oferta del mercado constructivo en el que las unidades habitacionales se hacen cada vez más pequeñas, más costosas y menos humanas? La confrontación y la denuncia, por lo tanto, se convierten en una necesidad frente a la desposesión y la marginación de las personas en la política hegemónica de la vivienda; razón por la cual adquieren relevancia y fuerza las miradas críticas contra la política de vivienda. ¿La alternativa frente al desastre? Desde la crítica se propone establecer nuevos discursos que permitan fragmentar la hegemonía de la política espacial; desde las prácticas constructivas, la apuesta toma cuerpo en el objetivo de hacer viables proyectos constructivos que atiendan a las necesidades urgentes de las poblaciones. En todo caso, el signo es claro: la confrontación del estado de crisis permanente.

Por su parte, la contraposición que hace patente la crítica parece corresponder a la contrastación entre el déficit de vivienda, las necesidades crecientes de las poblaciones por encontrar un techo y la desposesión histórica de los sujetos que reclaman capacidades de autogestión. Por lo mismo, si el rasgo distintivo de los efectos subjetivos de la construcción hegemónica ha sido la desposesión de las capacidades decisivas y constructivas de los sujetos históricos, el advenimiento del modelo de producción industrializado del espacio ha generado una política oficial de construcción cuyo efecto ha sido el déficit, percibido no solo como un efecto indeseado, sino estructural como se ha afirmado. De esto se infiere que la lucha contra la política hegemónica, por la recuperación de las prácticas constructivas, puede articular una alternativa viable en contra del déficit permanente.

Los sujetos sociales en pugna constante, por su parte, han intentado responder a sus necesidades con reclamaciones locales, respecto de sus propias capacidades constructivas, usualmente con vías de hecho, al borde de la marginación y arrebatando espacio a la oficialidad.

Esto se puede rastrear con el siguiente ejemplo: desde la perspectiva oficial se ha acusado del supuesto fracaso estético en el diseño y trazado urbano en el país, en ciudades como Bogotá, a la autoconstrucción de la que se han servido históricamente los sujetos sociales para resolver sus necesidades de vivienda. El reclamo oficial consiste, de manera autorreferencial, como no puede ser de otra forma, en que no se logró hegemonizar completamente el espacio urbano, no se consiguió una impronta estética para la ciudad y el país. Por el contrario, por doquier proliferan edificios populares, antiestéticos que avergüenzan a las vanguardias urbanísticas y arquitectónicas como rezagos de un espacio sin orden.

En contra del discurso del poder, se erige un contradiscurso encarnado en las luchas sociales por construir, a pesar de las deficiencias, en los barrios populares e informales que son un testimonio de las luchas subjetivas por edificar a pesar de la desposesión: un testamento físico de la constancia popular por intentar recuperar el espacio.

A través de los años, los bogotanos con menos recursos han solucionado sus problemas de vivienda de manera autónoma, ejerciendo procesos de autoconstrucción de vivienda en predios con cierto grado de asequibilidad para las clases bajas de la ciudad. [...] De esta manera se han constituido gran cantidad de barrios informales en la ciudad. (Roa Muñoz, 2012, pp. 424-425)

La existencia de estos barrios es al mismo tiempo una prueba de resistencia, creatividad y sobrevivencia de los sujetos sociales, frente a una política que les expulsa, margina y ataca. No obstante, a pesar de la resistencia que han desarrollado históricamente estos sujetos para recuperar los espacios y habitarlos, las dinámicas propias de la territorialidad de Estado, de la violencia institucional e irregular y la especulación financiera e inmobiliaria, han sido determinantes en la constitución de espacios urbanos hiperdegradados (Grinberg *et al.*, 2012), en ciudades fragmentadas y excluyentes, tal como lo atestiguan trabajos como el de Roa Muñoz (2012):

En Bogotá cada vez más se destinan las periferias para albergar a las clases populares, en tanto las zonas céntricas urbanas o con altos beneficios de la ciudad, solo permiten su acceso a los habitantes o entidades que tienen con que pagarlo (p. 424).

La marginación social y los procesos de *periferización* a los que se ven expuestos estos barrios son concomitantes a los procesos de *hiperdegradación* espacio/subjetiva acaecidos en las ciudades contemporáneas, efectos que han sido consistentemente criticados por los teóricos del derecho a la ciudad (Davis, 2004; 2007). El caso bogotano destaca como un ejemplo paradigmático de exclusión espacial, degradación ambiental y marginación de los sectores populares, destinados a vivir en condiciones inhumanas, como una suerte de castigo social por aprender a vivir y resistir en el margen. En pocos lugares se evidencia este ensañamiento espacial como en algunos barrios que deben cohabitar con la basura en el sur de la ciudad: caso emblemático en el que se ha construido un “paisaje tóxico” en el relleno sanitario de Doña Juana, en sectores segregados de la ciudad (Molano Camargo, 2019).

A propósito de la resistencia sostenida contra la hiperdegradación y periferización (efectos de la política espacial contemporánea), vale la pena sopesar los límites que alcanza, estratégica y políticamente hablando, la autoconstrucción informal. En primera medida, como hemos insistido, la desposesión de las capacidades constructivas afecta tanto la capacidad de toma de decisiones y de acceso a los recursos como la capacidad de trabajo y conocimiento que los sujetos ostentan sobre la construcción.

La arquitectura de Estado, por ejemplo, suele considerar las autoconstrucciones populares siempre en términos de déficit cualitativo, ya que estos sujetos, al ser desposeídos de la discusión y de los saberes constructivos, deben vérselas con enormes limitaciones: conocimientos insuficientes sobre la labor

edificatoria, desconocimiento de las tecnologías modernas de construcción, inadecuación de su propia estética frente a la académica/estatal y limitaciones económicas. Estos factores, en conjunto, precarizan la autoconstrucción popular.

A pesar de su importancia en el marco general de las luchas populares y barriales, la autoconstrucción de barrios informales es una política a medio camino, en términos estratégicos, entre una solución con matices de autogestión, pero que permanece anclada a los mercados económicos, industriales y financieros.

Por otra parte, de enorme interés por su carácter rupturista, sobresalen otro tipo de arquitecturas en el espectro de las resistencias espacio/subjetivas: prácticas como la bioconstrucción, de inspiración vernácula y tradicional, la arquitectura popular y la arquitectura participativa son ejercicios constructivos y también discursos críticos que se han afianzado en las últimas décadas con un posicionamiento importante en los círculos académicos y en los movimientos sociales.

La característica central de estas corrientes arquitectónicas, acorde con la presente investigación, es la reivindicación de prácticas constructivas fundadas en la viabilidad económica de pequeña escala, y alineadas con contextos socioambientales degradados, que plantean alternativas ecológicas que beneficien a sujetos marginados.

En síntesis, las arquitecturas resistentes, en su multiplicidad, persiguen el objetivo de socializar el conocimiento constructivo al alcance de sujetos sociales que carecían (o habían perdido) la capacidad de construir sus espacios fuera de los mercados industriales. Este es un rasgo importante, porque la recuperación de las prácticas de construcción y el ejercicio de la crítica que viene asociado son prácticas resistentes que se articulan contra los efectos negativos del modelo edificatorio industrial. El asocio de la crítica y la práctica en la construcción es un ejercicio indispensable en el arduo camino propositivo, para presentar alternativas sostenibles y ambientales (Vargas Murcia, 2021).

Otro argumento en favor de proyectos autoconstructivos es que esta perspectiva autonomista convierte a la arquitectura popular, de los pobres y la bioconstrucción, en alternativas viables para la lucha política espacio/subjetivo de la construcción, ya que libra a los constructores de un problema fundamental: los recursos limitados. Es en esta misma vía argumentativa, el padre del “super adobe”, Nader Khalili, desarrolla esta técnica cuyo propósito es ser implementada por poblaciones con recursos humanos, financieros y constructivos limitados:

Él mismo afirma que con este sistema tres personas pueden levantar casas de diferentes tamaños y formas, incluso sin saber cómo hacerlo. Estas viviendas son de muy bajo coste, y solucionarían la necesidad de viviendas de emergencia o de carácter social [...] (Catalán Diez, 2018, p. 19).

De esta forma, la recuperación de los saberes para la construcción se percibe como un primer escalón en el armado de una política resistente que, además, encuentra su expresión social en formas de asociación que deben dar soporte necesario a todas estas técnicas. Por ejemplo, la bioconstrucción y otras formas de arquitectura resistente hacen acopio de materiales no industrializados y del trabajo colaborativo de los sujetos, su modelo organizativo, lo que les permite dar viabilidad económica al proyecto. Se podría resumir el lema del programa bioconstructivo en los siguientes aspectos: materiales naturales, trabajo colaborativo y bienestar humano (Deutsche Welle, 2022).

Una asociatividad solidaria, entre tanto, parece ser la apuesta organizativa escogida por estos procesos, cuyo horizonte es la confrontación de las formas de subjetivación del modelo constructivo industrial. La novedad de estos modos de organización radica en que convierten a la construcción en un acontecimiento social, que excede el marco restringido de la compra y venta de inmuebles. Solidaridad y socialización del conocimiento son así una respuesta a la fragmentación de los modos de producción industriales y mercantiles. Por ende, la organización solidaria para la construcción es una instancia social de acompañamiento y trabajo

colectivo en el que una familia o una comunidad se encuentran y participan en la solución de sus propias necesidades.

Así lo expresa Hatherley (2020), quien recuerda al famoso arquitecto de adobe Hassan Fathy, en una ácida crítica contra los modelos de arquitectura oficiales dirigidos a los pobres: “Una familia que ha construido su casa «sentirá una sensación de logro, un orgullo colectivo, que nunca sentirá una familia a la que simplemente se le ha dado una casa»” (pp. 164-165). Parece transparentarse en el discurso de Fathy un sentido de reconstitución subjetiva, inherente al trabajo colectivo y autónomo de las personas que se organizan para la solución de sus necesidades habitacionales.

Se puede argüir, como lo harán los más agudos detractores de Fathy, que sus proyectos de arquitectura fracasaron. No obstante, el principio de autogestión que inspiró su obra sigue intacto. Más bien, si atendemos al análisis de Hatherley (2020), el fracaso de su arquitectura de adobe se debe más al límite propio del desarrollismo (y del modernismo) impuesto en contextos populares, que al fracaso de la apuesta arquitectónica/socialista del egipcio. Si existe algún fracaso en la construcción, parece tocar directamente a los modelos industriales de construcción y a las arquitecturas de élite. Así lo atestiguan cambios acaecidos en la arquitectura, con nuevas generaciones de jóvenes profesionales a la cabeza, quienes han señalado el límite del modernismo arquitectónico y la necesidad de virar hacia nuevos paradigmas constructivos.

A propósito de la necesidad de renovación de la arquitectura colombiana, García Moreno (1997) afirma que la avidez crítica de arquitectos jóvenes fue determinante en la búsqueda de tradiciones constructivas desatendidas, en el reconocimiento de la riqueza constructiva de sujetos tradicionales con los cuales enriquecieron la nueva arquitectura del país: “El poner la atención en las culturas locales, también planteó algunos arquitectos las exploraciones en tecnologías vernáculas, propias de localidades específicas a través de las cuales se buscó recuperar viejas tradiciones constructivas y organizativas” (p. 50).

En síntesis, las prácticas constructivas resistentes intentan recuperar el saber social de la construcción (pasado, presente y posible), de manera que los sujetos puedan contar con otras alternativas para edificar sus viviendas y sus espacios sociales. En la misma medida, la recuperación de tales prácticas y su comprensión les motiva a definir estrategias organizativas que, punto por punto, buscan movilizar la subjetividad en circuitos solidarios y cooperativos, no comerciales o industriales. Finalmente, en la siguiente sección se presenta un compendio de las conclusiones derivadas del presente documento.

Conclusiones

En este trabajo se ha argumentado que los modos de construcción inciden en la configuración de los sujetos. Que la producción industrial, mercantil y financiera de la vivienda tiende a la desposesión y control de las capacidades constructivas de los sujetos sociales. En contraste, las prácticas constructivas que hemos denominado *resistentes* persiguen el objetivo manifiesto de que los sujetos dispongan de formas autogestionadas para sus propias soluciones habitacionales.

Por un lado, la construcción de la política hegemónica espacial parece concordar con la maquinización y el vampirismo en los modos de construcción, ya que funciona a partir de la desposesión de los sujetos de sus saberes, capacidades y técnicas de construcción, acorde a un modelo de producción en el que se impone el *trabajo muerto capitalista* y semiindustrial. A cambio, la potencia subjetiva de las prácticas constructivas resistentes parece concordar con el concepto de *trabajo vivo*, es decir: formas de producción que reivindican la potencia de los sujetos y que parecen exceder el esquema maquínico de la producción capitalista. En clara contraposición al trabajo muerto de la producción industrial, las prácticas resistentes persiguen la apropiación social del conocimiento y la toma de decisiones colectiva, lo que supone una apuesta por la recuperación del saber, la decisión y la organización de la construcción.

En consecuencia, considerar los efectos espacio/subjetivos inherentes a cada práctica constructiva se hace necesario para la comprensión política del presente, en relación con cómo se construyen y se habitan los espacios, en sociedades con altas tasas de marginación y en las que la construcción no se discute de forma democrática. Esta cuestión es importante, por ende, para los estudios sociales, ya que motiva a cuestionar el ejercicio y alcance de las luchas democráticas y ambientales del futuro. De parte de los pensadores sociales, queda la tarea pendiente de aportar a la composición de teorías útiles que dialoguen con las prácticas críticas en la búsqueda de modos de vida más humanos.

De esta manera, cuestionar la política se convierte en una herramienta importante para el análisis y la acción política frente a problemas muy concretos como las crecientes necesidades habitacionales. En este necesario trabajo también se requiere atender a los efectos sociales que tienen los mercados *financiarizados* de la vivienda en el endeudamiento de las familias, lo que constituye así una constante de la política general de vivienda; además, se necesita cuestionar la industrialización de los materiales constructivos, que genera impactos negativos en los sujetos y el medioambiente, causantes de la hiperdegradación ambiental y la marginación de los sujetos.

De manera simétrica, las prácticas resistentes permiten establecer una novedosa descripción de efectos subjetivos que son relevantes para la comprensión política del futuro. Primero, gracias al afianzamiento de distintas formas de la crítica se configura un ámbito de lucha político/discursiva que señala los efectos de poder de la arquitectura moderna y de los mercados industriales de la construcción; de esta manera, se vienen perfilando nuevas formas de pensamiento que reivindican una construcción más participativa, dialogante y solidaria con los sujetos tradicionalmente excluidos.

Segundo, prácticas como la bioconstrucción, que buscan sistematizar experiencias históricas de edificación, definen la problemática espacial y social contemporánea reivindicando modos tradicionales y futuros de producción de la vivienda, con proposiciones más ambiciosas que la simple serialización productiva propia de la vivienda estatal e industrial. Este tipo de prácticas resistentes parten de una concepción de equilibrio entre la vida humana y la naturaleza, recuperando así nociones que han quedado en el basurero de la producción de vivienda estatal y empresarial contemporánea: la calidad de la construcción y la vida de sus habitantes.

Tercero, al criticar los modelos de vivienda establecidos en la política hegemónica, especialmente aquellos que enaltecen el modelo de la familia nuclear, típico de los países desarrollados, abren el concepto de vivienda para ser experimentado y desarrollado de nuevas formas, lo cual corresponde así a organizaciones familiares típicas de países como el nuestro.

Cuarto, al desprenderse de la imagen tecnificada e industrializada de la construcción, la construcción resistente se presenta como un arte y una artesanía, más acorde con formas precapitalistas de producción. En este sentido, la construcción resistente permite a los sujetos habitar (en la crítica y en la práctica) nuevas posibilidades estéticas: desde la generación de nuevos discursos *contrahegemónicos* que motivan nuevos relacionamientos entre los movimientos sociales y la arquitectura, hasta la creación de modelos de vivienda que sean capaces de escapar al control institucional.

De lo anterior se deduce que la autoconstrucción o la autogestión, potenciadas con prácticas como la bioconstrucción, pueden generar modos de relacionamiento que escapen a los marcos convencionales de la política espacial, a sus relacionamientos cliente/arquitecto, deudor/oferente que dificultan el acceso de sujetos marginados a la construcción de sus viviendas.

Quinto, las prácticas resistentes presentan una característica muy seductora desde la perspectiva de la liberación subjetiva, puesto que dichas prácticas agencian formas de asociación, colectivas y solidarias, que son una respuesta inicial ante la individualización impuesta por la política hegemónica. Las asociaciones y organizaciones solidarias son una posibilidad cuyo potencial no conocemos completamente. Si se incentivan estos procesos, veremos su amplitud en el futuro, de cara a una necesidad constructiva que no cesa.

En conclusión, las prácticas resistentes han sido pensadas para dotar a los autoconstructores de herramientas para resolver necesidades inmediatas. Las arquitecturas resistentes más disruptivas, como la bioconstrucción, pretenden que sus ejecutores puedan implementarlas de manera instintiva, con recursos limitados. De hecho, la importancia de estas técnicas reside justamente en su tendencia a la solidaridad, el ahorro y el aprendizaje de los intervinientes (amigos, familiares y constructores) que en conjunto dan viabilidad a los procesos constructivos.

Referencias bibliográficas

- Bihl, A. (17 de mayo de 2021). *El vampirismo del capital* (I). <https://vientosur.info/el-vampirismo-del-capital-i/>
- Castro, E. (2004). *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Prometeo/Universidad Nacional de Quilmes.
- Catalán Diez, R. (2018). *Construcción con tierra. Reinterpretación de una tradición* [tesis de pregrado]. Universidad Politécnica de Madrid, <https://oa.upm.es/51489/>
- Davis, M. (2004). Planeta de ciudades miseria. Involución urbana y proletariado informal. *New Left Review*, (26), 5-34. <https://newleftreview.es/issues/26/articles/mike-davis-planeta-de-ciudades-miseria.pdf>
- Davis, M. (2007). *Ciudades muertas: ecología, catástrofe y revuelta*. Traficantes de Sueños.
- Deutsche Welle. (27 de agosto de 2022). *Casa ecológica, casa sana* [archivo de video]. <https://www.youtube.com/watch?v=S1k9S6PGHJQ>
- Foucault, M. (2008). *Tecnologías del Yo. Y otros textos afines*. Paidós.
- Gabilondo, Á. (1999). *Michel Foucault. Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, Volumen III*. Paidós.
- García Moreno, B. (1997). Arquitectura colombiana de la segunda mitad del siglo: entre la civilización y la cultura. *Ensayos: Historia y Arte*, (4), 32-58.
- Grinberg, S., Gutiérrez, R. y Mantiñán, L. (2012). La comunidad fragmentada: gubernamentalidad y empoderamiento en territorios urbanos hiperdegradados. *Revista Espacios Nueva Serie*, (7), 154-172.
- Hatherley, O. (2020). Una utopía de adobe. *New Left Review*, (120), 159-167. <https://newleftreview.es/issues/120/articles/a-mud-brick-utopia-translation.pdf>
- Hellemeier, A. (2012). Michel Foucault: episteme, dispositivo y prácticas. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Marx, K. (1976). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política: borrador 1857-1858*. Siglo XXI.
- Molano Camargo, F. (2019). El relleno sanitario Doña Juana en Bogotá: la producción política de un paisaje tóxico, 1988-2019. *Historia Crítica*, 1(74), 127-149.

- Mora-Cuartas, A. (2010). El UPAC y la UVR: Aspectos generales sobre el origen y desarrollo del crédito hipotecario en Colombia. *Revista MBA*, (1), 12-27. <http://repository.eafit.edu.co/handle/10784/7657>
- Negri, A. y Hardt, M. (2006). *Multitud: [guerra y democracia en la era del Imperio]*. DeBolsillo.
- Raunig, G. (2008). *Mil máquinas breve filosofía de las máquinas como movimiento social* (1.^a ed.). Traficantes de Sueños.
- Rivero Bolaños, S. (2007). El uso masivo de la tierra como material de construcción en Colombia. *Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural*, 20(2), 354-363. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/revApuntesArq/article/view/8990>
- Roa Muñoz, S. M. (2012). Estrategias espaciales en la provisión de vivienda estatal popular en un contexto neoliberal. El caso de la periferia bogotana. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 41(3), 417-439. <https://doi.org/10.4000/bifea.284>
- Urrutia, M. y Namen, O. (2012). Historia del crédito hipotecario en Colombia. *Ensayos sobre Política Económica*, 30(67), 280-306. https://www.banrep.gov.co/sites/default/files/publicaciones/archivos/espe_art9_67.pdf
- Vargas Murcia, E. (2021). Emergencias críticas: prácticas disidentes y resistentes en la arquitectura. *Cambios y Permanencias*, 12(2), 644-671. <https://revistas.uis.edu.co/index.php/revistacyp/article/view/12849>
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud: para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Traficantes de Sueños.